

El peronismo o la subjetividad como ruptura con los patrones historiográficos.

Fernando González Galmarini.

Cita: Fernando González Galmarini (2007). El peronismo o la subjetividad como ruptura con los patrones historiográficos. *VII Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-106/172>

El peronismo o la subjetividad como ruptura con los patrones historiográficos.
Fernando González Galmarini
Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Sociales
galmarinifer@hotmail.com

EL PERONISMO O LA SUBJETIVIDAD COMO RUPTURA CON LOS PATRONES HISTORIOGRÁFICOS.

El peronismo ha sido, se sabe, un fenómeno políticamente complejo y esta complejidad ha trascendido el marco habitual que suele encontrar sus límites en el análisis de variables políticas y económicas¹. Se lo ubica aquí, provisionalmente en el pasado, merced a una finalidad programática meramente descriptiva que será útil al análisis al interior de cada instancia de la periodización² sugerida por Ricardo Sidicaro³. Este primer peronismo al que se hace alusión, forjado en la década del cuarenta a partir de la canalización de demandas y de las conquistas en la orbita del derecho laboral propias del Estado de Bienestar, es considerado una especificidad histórica pasible de ser desmarcada del peronismo contemporáneo desde una motivación que persigue mas el rastreo de ciertas representaciones subjetivas en el cuerpo de sus adherentes (enraizadas en el pasado pero presentes en la identidad y la memoria histórica constituyendo un programa atemporal) que el relevamiento de cierta proclividad al acomodamiento respecto de la coyuntura en sus expresiones políticas desde finales del siglo XX, en tiempos de ese *tercer* peronismo.

Las especificidades de orden político y técnico y los alcances y limitaciones de la política económica justicialista han sido oportunamente analizadas tanto por propios como por ajenos; por detractores como por adictos al sistema de representación y promoción de la clase trabajadora instaurado por Perón. Esta separación y distinción de elementos en tanto partes de un todo, ha sido operada en general tanto por la Ciencia Política como por la Sociología y la Historia con el objetivo de dar cuenta de ciertos procesos propios de la lógica política de la que pueden relevarse rupturas, continuidades, herencias y mandatos en lo referente a la organización interna de un partido, a los modos de conducción (en un plano que supera y trasciende la dinámica partidaria interna) y a objetivos de diverso alcance, desde lo coyuntural hasta lo que atañe a ciertos procesos en los que puede relevarse una continuidad sistémica.

Es la historiografía un sistema en tanto consta de un método en permanente relación dialéctica con su objeto y queda para ella el análisis de los documentos que hacen a la historia escrita, de las descripciones del pasado, de los enfoques en la narración y del uso de las evidencias y métodos de presentación por los historiadores.

Es decir que la historiografía, en un sentido mas llano, termina delineando la manera en que la historia se ha escrito en un recorte espacio-temporal determinado. En un sentido amplio, la historiografía se refiere a la metodología y a las prácticas de la escritura de la historia y en uno algo más específico se refiere al hecho de escribir sobre la historia en sí a través del tamiz ideológico

del que se tratase. Y en esto radicaré el inconveniente de los usos que de ella discrecionalmente se hacen. (Cabe aclarar también que sus instrumentos, en ocasiones, pueden resultar incompletos a la hora de dar cuenta de ciertos aspectos que tienen que ver con la subjetividad construida a partir de los sentires y la memoria de los actores.)

Pero la pregunta por la historia y su legado debe atender no solo a las variables de alcance delimitadamente político y económico a las que por lo general nos suele convidar. Así, la literatura, la evocación, la oralidad, la historia de vida, las biografías y las representaciones (de sí misma y del mundo de una generación, pero de manera más específica, de las clases y fracciones de clase que la componen) dan cuenta de procesos significativos que hacen a una cultura: compuesta por saberes, sentires, recuerdos y reivindicaciones culturales (a riesgo de caer en definiciones autológicas que comprenden entre sus supuestos parte de aquello que es preciso explicar) y que, desde lo subjetivo, son capaces de reconstruir tramas y atar cabos sueltos que escapan a la memoria fijada por un país, colectivo o cuerpo social en la mediatización por la escritura oficial de su propio pasado. (Aquí el análisis no debe pecar de ingenuo en lo que se refiere al origen y la extracción de las plumas encargadas de semejante operación -por lo general oficial y orgánica- ni debe ser perezoso a la hora de indagar abordajes historiográficos paralelos con fines tanto comparativos como solidariamente reivindicativos.)

La historia (primero) y la historiografía (después) nos van acercando distintos niveles, planos o registros a través de los cuales las realidades, en un sentido elemental del término, considerado en su carga fáctica desprovista de cualquier interpretación provisional, y como las condiciones estructurales de determinado proceso histórico, pueden aparecer así exaltadas y glorificadas, pero también veladas al calor de la tensión que, bien los imaginarios, bien la moral y el cuerpo normativo perseguido, suscitan en los ciclos que lo político (en un segundo momento) intenta articular, en muchos casos, a través de cruentos derramamientos de sangre.

No existe aquello de la Historia objetiva, ecuánime, la que se supone en un momento superior (por anterior) al traslado al momento de la política de los hechos que ella narra. (Ella no es sino un producto de los hombres y de sus relaciones, por lo tanto no narra realmente, la voz que asume es la de los que han construido cierta hegemonía duradera sobre un cuerpo social en un espacio-tiempo. Si no aceptamos esta premisa corremos el riesgo de convertirla en un fetiche.)

Asumimos entonces, que toda pregunta por la Historia y toda indagación acerca de aquellos sucesos que ella termina mediatizando en última instancia, se presenta (bien fundando, bien inscribiéndose en una urdimbre compleja de representaciones ya establecida) asociada desde un primer momento a una dinámica en la cual, la apropiación del sentido de las verdades del pasado aparece como una operación orgánica fundamental para las clases y sus fracciones a la hora de escribir aquello que (habiendo sucedido en un contexto espacio temporal determinado) se constituye en un programa atemporal devenido patrón fundamental tanto de la lógica colectiva como de los usos que

de ella se desprenden para establecer una dinámica de autoinfluencia o de autoimitación⁴. Así, toda vez que lo que nos ocupe constituya un fenómeno políticamente complejo pero además se encuentre tan cercano en el tiempo como afianzado en la conciencia de los principales actores políticos de una sociedad (no es preciso aclarar que el peronismo aplica formidablemente a estos supuestos), las preguntas por la Historia no serán contestadas ni a tiempo, ni en forma, ni fácilmente. Al menos (y aquí radicará gran parte de la complejidad del problema que nos ocupa) no recibirá respuestas unívocas o hijas de un cuerpo coherente de representaciones colectivas de carácter inmutable.

Los permanentes conflictos que han dado lugar a choques de interés entre grupos⁵ que atraviesa la historia humana (y por los que ésta es atravesada) restringe la posibilidad de que sean estos relatados de manera objetiva. La fuerza que el carácter de versión puede tomar de un hecho a partir de la descalificación del *otro* o de los predomios cuantitativos o cualitativos (en un sentido, si se quiere, grosero) es decir mayor número o mayor *capital simbólico* ostentado por un grupo, acaban generalmente terciando y velando las *verdades* del *otro*.

El carácter polémico de la filosofía y de las Ciencias Sociales es resultante de esas diversas perspectivas que otorgan sustento a los marcos teóricos y, además, a las propuestas políticas que pueden emerger de estos (o no), lo cual obliga a definir, si se pretende claridad conceptual, el *lugar epistemológico*⁶ desde el cual se fundamentan.

El escenario político y social fundado por el keynesianismo generó en el mundo condiciones formales y simbólicas por las cuales las clases y sus fracciones coexistirían tanto en el mercado de trabajo como en la arena política en términos de acuerdo, es decir, postergando la confrontación entre capital y trabajo y dando lugar a la creación de una sociedad salarial desde el consenso y ya no desde el conflicto. En la Argentina será el propósito peronista que, en tanto remedo del Estado de Bienestar, guiará el proyecto que articulará un reciente modelo económico (Industrialización por Sustitución de Importaciones) y un nuevo contrato político que dará cuenta de las nuevas relaciones sociales que emergen de la economía industrial. Es al calor de estas transformaciones en la estructura económica que se gestará un nuevo actor que contará con el acceso a una ampliación de sus derechos restringidos al sumarle la dimensión política a su socialización sindical. La redistribución del ingreso que trajo aparejada una elevación en el status de la clase obrera, la revalorizó en tanto sujeto colectivo, funcional y fundamental en el contexto productivo, y la llevó a la certeza, apoyada en su rol dentro del movimiento, de que su participación y su inclusión como actor político bajo la tutela del Estado ya se hacía particularmente visible en ese momento del desarrollo local de las relaciones de producción.

La (autodenominada) Revolución Libertadora iniciará un período de proscripción del peronismo como movimiento que abarcará tanto el aspecto electoral como cualquier otra manifestación al interior de la vida política además de toda expresión cultural funcional al gobierno depuesto. Se pretendía licuar la identidad de gran parte de una generación intentando borrar de un día para el otro su experiencia política, sus arquetipos, sus mitos fundantes y su memoria

histórica. Esta proscripción se prolongará por años e inaugurará una etapa signada por la imposibilidad de canalizar una salida institucional satisfactoria que excluyera al peronismo en tanto actor político, a su cultura y a las conquistas en la órbita laboral reivindicadas por esta última y que se convertirían en banderas de un movimiento obrero que, desde el ascenso de Perón, vio retroceder las restricciones de su acceso a una ciudadanía ampliada por las conquistas sociales y políticas. Esta proscripción del peronismo como movimiento se hará extensiva tanto a la figura de su líder como a toda la simbología emanada desde la órbita del Estado y propagada por la clase obrera abrigada bajo su égida.

Este movimiento obrero auspiciado por Perón se había legitimado en el marco de un orden social diferente; su *acceso a la ciudadanía* trajo consigo la aceptación de la legitimidad del sistema imperante y un abandono del cuestionamiento de las relaciones de producción capitalistas, reconociendo en el Estado al organizador incuestionable de las mismas⁷ y procurando mejorar sus condiciones materiales dentro de los límites del capitalismo. Así, la organización sindical se convirtió en un instrumento de negociación corporativa ajena a toda pretensión revolucionaria y en un pilar fundamental de la concertación de clases diseñada por Perón. De todas formas, la polarización del país en peronistas y antiperonistas si bien no las ocultó ni eliminó, mantuvo veladas las posiciones de clase, siendo la resistencia una instancia paralela a las mismas que profundizó la identidad cultural forjada en la década del cuarenta.

Las historias paralelas del peronismo y del antiperonismo son historias (son una historia) conformadas desordenadamente por saberes, identidades y lineamientos compartidos en relación dialéctica con las matrices de pensamiento que originaron y de las que fueron originadas. Este supuesto paralelismo, si bien constituye, sino una ficción, una construcción analítica al servicio de la explicación más sencilla de las operaciones desarrolladas por unos y otros, deja al descubierto las categorías privilegiadas por peronistas y antiperonistas a la hora de argumentar y exponer las razones fundamentales de lo que es, para su visión colectiva, un país, una sociedad y una cultura. Uno de los aspectos clave de la matriz peronista es la apelación a una "posición nacional" y tiene en Arturo Jauretche a uno de sus intelectuales orgánicos⁸. Esta *posición nacional* deja entrever en sus elementos constitutivos a una compleja trama teórico-práctica que encuentra a los relatos e ideas que surgieron como resistencias político culturales, los movimientos de masas, los ritos, las historias de vida, los saberes profanos, las conquistas sociales y las gestas populares dignificadoras como un acervo de carácter progresivo. Un cuerpo teórico-práctico que, desordenada y tal vez inconscientemente, cuestiona el proyecto hegemónico y oligárquico de la Generación del 80 y comienza a indagar orgánicamente a la historiografía oficial liberal y unitaria sin un instrumental teórico conceptual demasiado rígido, sino más bien en construcción, pero que se sabe en condiciones de comenzar a cuestionar con categorías de análisis propias su mito sarmientino fundante: el par maniqueo *civilización o barbarie* como alegorización de la lucha política (que designa incluidos y excluidos) que ahora las clases dominantes insisten en resucitar.

El historiador Fermín Chávez ha señalado que el mencionado acervo constituye una verdadera *epistemología de la periferia* que persigue el objetivo de dar sentido y destino común a las prácticas y a los cuerpos normativos de una sociedad con intenciones de pensarse a sí misma en tanto sujeto colectivo e histórico.

Ahora bien, en términos específicamente sociohistóricos, el proyecto de industrialización llevado adelante por el primer peronismo constituyó una toma de posición inscripta en la coyuntura internacional continuadora de propuestas de progreso que el mundo *civilizado* y desarrollado ya había adoptado en mayor o menor medida. Lo que venía a discutir, sí, era el papel que al país habría de tocarle en la división internacional del trabajo, polemizando sobre el rol unívoco de exportador de materias primas que acababa beneficiando a una élite compuesta por un reducido grupo de familias *tradicionales* y sumiendo a la gran mayoría de la población en una situación de sobrevivencia.

El peronismo puede considerarse una expresión cabal de la *civilización* por su férreo impulso a la industrialización y a la urbanización, a la consolidación de una burguesía nacional, y el fomento al consumo y la educación en las clases populares: patrones todos de una sociedad industrial moderna, *civilizada*.

Pero esta implantación del proyecto peronista implicó en la Argentina posterior a la década del 40 una ruptura no sólo político-económica sino también (y diríamos, sobretudo) cultural. El desarrollo del aparato peronista y su confrontación con los vestigios del estado liberal fueron acompañados *por* (y fueron acompañantes *de*) la conversión de una masa inorgánica en un sujeto histórico respondiente a la apelación de un Estado que la incluiría en una nueva agenda⁹ y que se traducirá en la irrupción de un nuevo discurso dominante que no sólo saturó a las élites sino que constituyó un lugar preciso de interpelación de las clases populares.

Los trabajadores rurales se vieron en la obligación de migrar a los cordones de la Provincia de Buenos Aires donde comenzaron a convivir con inmigrantes europeos tentados, en algunos casos, por la promesa del acceso a la tierra. Los orilleros desplazados de la política de la Generación del 80 terminan de completar el marco de la yuxtaposición de actores que forjarán la base social del peronismo integrando la tradición del peón, la experiencia sindical europea y los resabios del ideario federal.

La irrupción de las masas en las grandes ciudades habilitó nuevas formas de ver, de sentir, de integrarse, de expresarse. Este nuevo cuerpo de subjetividades desplegó notables cambios en la sensibilidad: una nueva mirada sobre el espacio urbano donde era posible descubrir a cada paso las aristas de un proceso de cambio absolutamente incompatible con el sentir de una oligarquía que veía atónita como aquella masa se volvía pueblo y como ese pueblo devenía una nación vindicadora de sus conquistas sociales y que comenzaría a cerrarle sus filas.

La consolidación del peronismo fue recibida por las clases medias y la alta cultura argentina como una agresión de sectores ajenos que intentaban apropiarse de espacios culturales y políticos que nunca les habían correspondido. Son aquellos *habitantes del sótano* que Martínez Estrada cifró en

sus Catilinarias: “el 17 de octubre Perón volcó a las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno”...”...sentimos escalofríos viéndolos desfilan en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con tomarse una revancha terrible”¹⁰.

El peronismo posibilitó por lo tanto en Argentina la reunificación de interpelaciones que expresaban su oposición al bloque oligárquico de poder: democracia, industrialización, nacionalismo, antiimperialismo. La condensación de esas fuerzas contribuyó a la formación de un nuevo sujeto histórico y potenció el desarrollo de su antagonismo hacia una *confrontación con los principios del discurso oligárquico: el liberalismo*¹¹.

La irrupción urbana del *folklore aluvional*, obrero, inmigrante y heterogéneo, produjo con su energía incontrolables cimbronazos en la oligarquía vernácula. David Viñas remarca en ese sentido que si hacia 1890 o 1910 los grupos tradicionales se sintieron perplejos e irritados con los primeros embates modernizadores y la invasión urbana de miles de inmigrantes que duplicaron la población del país, el advenimiento del peronismo aturdió a aquellos grupos que se replegaron con desánimo, mientras constataban que sus proyectos y hasta sus propios valores se volvían muchas veces contra ellos mismos, cuestionando sus islas de privilegio social y cultural¹².

El ascenso primero político y luego al status de mito de Eva Perón, constituye una fuerte imagen simbólica de lo que es la incorporación del *afuera*, que puede verse en equivalencia simétrica con el derrotero de la clase obrera argentina bajo el peronismo. Esta equivalencia puede ser relevada en la afirmación en los propósitos personales y colectivos, y en la firme postura (por momentos revanchista) ante las clases que, alguna vez (toda vez) los hubieran estigmatizado. En el caso de Eva, esto se ve claramente en sus discursos, encendidos tanto o más que los de su esposo. Eva condensa el universo popular y a la vez mítico del peronismo. El cuento *Esa mujer* de Rodolfo Walsh así lo deja ver en el tratamiento que da al enigma del robo de su cadáver.

El discurso político de Perón es puro fragor al contacto con *su* pueblo. Este discurso (como el de Eva) asume el carácter de discurso cuasi amoroso que se prodiga al objeto de devoción. La correspondencia estaba, lógicamente, asegurada. La apelación a las pasiones es clara: es la referencia al amor en tanto *dispositivo político-semántico de inclusión simbólica y reconocimiento de los trabajadores*¹³ como colectivo.

Entendemos pues, que en la articulación conceptual *civilización-barbarie*, la interpelación no se hará en términos racionales sino en (por no aludir a las pasiones) aquellos que aluden a un complejo entramado de autorepresentaciones de clase que ubican al *otro* en el lugar del enemigo que esta *afuera*. Esta tendencia es heredera de aquella (historiografía medieval) en la que el *bárbaro* estaba constituido por el extranjero y que luego será resignificada por las categorías políticas de la división entre unitarios y federales en la cual la *barbarie* estaba representada por el campo (el *afuera*)¹⁴. La adjudicación de los términos *civilización* y *barbarie* obedeció a una operación

irracional hija de una función ideológica, teniendo en cuenta que el carácter civilizador de la ciudad obedece a una lógica universal de progreso de la que se desprende una preeminencia de la sociedad industrial por sobre la agraria. Sin embargo, el carácter agrario de la sociedad tradicional no sería pasible de ser trocado o avasallado por el avance industrialista sino que será mas bien un objeto a ser apropiado por una fracción de clase que se había reservado el lugar de protagonista histórica y organizadora de las relaciones de producción. Este será el patrón de comportamiento que la oligarquía despojada de este rol organizador asumirá para sus acciones entre 1946 y 1955, pero con una modificación sustancial respecto de su línea predecesora: el odio y el rencor de clase *expropiada*, la apelación al *horror* como expresión fundante de la reproducción a escala interna de su cultura de clase. Este *horror* queda evidenciado en la mirada respecto del *otro* en la cultura antiperonista, este *otro* aparece sobre todo como un antagonista por la diferencia.

Toda identidad suele construirse a partir del establecimiento de parejas de diferencias jerarquizadas. Es decir que la condición de existencia de toda identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de un *otro* que le servirá de exterior pues, *para construir un nosotros, es necesario distinguirlo de un ellos*¹⁵. El establecimiento del campo del *nosotros-ellos* se produce en el caso de los mitos sociopolíticos como el peronismo, en un plano que privilegia mas a los sentires y las maneras de vivir el mundo que a las operaciones retóricas a las que las doctrinas políticas puedan someterlo. A tal respecto puede decirse que los matices y las medianías suelen ser patrimonio de los estratos dirigentes mientras que las bases de los movimientos se encuadran en bloques diferenciados y diametralmente opuestos, irreconciliables.

Este *nosotros-ellos* sobre el que estamos intentando echar luz está articulado entonces sobre la base de una configuración de elementos sociales, en algunos casos simbólicos, y constituyen los mayores enfrentamientos que pueden suscitarse en una cultura política. Estas formaciones aglutinan diversos cuerpos simbólicos con sus aspectos valorativos, expresivos, cognitivos y racionales en una proporción singular y abarcativa de distintos colectivos: clases, fracciones de clase, sectores, grupos de afinidad etc.

Esta es la clase de entramados complejos de significación y representación que acaba dictando las coordenadas de un *nosotros-ellos*, de un *civilización-barbarie*, de un *incluidos-excluidos* en un sistema político y su cultura.

Retomando la línea histórica que atraviesa la incompatibilidad y discrepancia entre peronismo y antiperonismo, y retomando el mito liberal fundante *civilización-barbarie* en tanto figura retórica pensada para alegorizar la dicotomía irreconciliable entre dos proyectos, se puede comenzar a polemizar con sus alcances reales. La división extrae verosimilitud de su importante construcción literaria antes que de la sesgada interpretación de los hechos históricos por parte de Sarmiento.

Borges afirmo que escribió su *Poema Conjetural* cuando ya sentía sobre el la amenaza del peronismo¹⁶. En el poema, Borges imagina el monologo de Francisco Narciso de Laprida momentos antes de ser degollado: “Yo, que estudié las leyes y los cánones, yo, Francisco Narciso de Laprida, cuya voz

declaró la independencia de estas crueles provincias, derrotado, de sangre y de sudor manchado el rostro, sin esperanza ni temor, perdido, huyo hacia el Sur por arrabales últimos"... "Yo que anhelé ser otro, ser un hombre de sentencias, de libros, de dictámenes, a cielo abierto yaceré entre ciénagas; pero me endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto. Al fin me encuentro con mi destino sudamericano." Aquella daga le permitirá a Laprida sellar dialécticamente su rostro incompleto y encontrarse con su verdadero destino. Borges (como Sarmiento), como hombre de letras se ha acercado a estas complejidades de la historia, pero como hombre político no ha podido ir mas allá de sus condicionamientos de clase¹⁷. Sarmiento y Borges han sido expresivos de una cultura de clase que les ha impedido aproximarse a los vaivenes de la historia.

El horror al que se aludió anteriormente queda explícitamente evidenciado y se deja leer en *La fiesta del monstruo*, donde Borges y Bioy Casares responden con ironía agresiva a la invasión (ese *aluvión folklórico*) que realiza el peronismo del espacio simbólico del Estado. El relato narra el trayecto de un grupo de militantes peronistas desde Tolosa hasta la Plaza de Mayo en donde hablará *el Monstruo*, el 17 de octubre de 1945. El mito de origen del 17 de octubre, en su versión *oficial* pero también en la leyenda negra que instrumentó la oposición antiperonista, se revisa en *La fiesta del monstruo* a partir de la cita y la parodia. La voz oficial, pública, hegemónica de la narrativa peronista es sustituida en el cuento por un habla anónima y privada que ironiza permanentemente sobre las consignas presentes en aquella época en el discurso directo del peronismo. En la discusión de las formas literarias y los cánones esta evidenciada la posición política de los autores. Pero la presencia del protagonista en la plaza para conmemorar una fiesta con *el Monstruo* culminará con una reescritura de *El matadero* de Esteban Echeverría. En el cuento, los festejos populares terminan sangrientamente con el asesinato de un joven estudiante judío que se niega a reverenciar la imagen del *Monstruo*¹⁸. Esta continuidad programática y conceptual iniciada con Echeverría¹⁹ y proseguida con Borges puede verse coronada con otra reescritura de aquel accionar sanguinario heredero de los antagonismos de clase en el cuento *El niño proletario*, de Osvaldo Lamborghini. En los tres cuentos muere injusta y violentamente un *otro* (tal vez en el marco de la prosecución de un fin aleccionador para sus deudos) a manos de un *nosotros* claro, verificable y distintivo que extrañamente parece no haber tenido otra opción (ni de acción ni de pensamiento).

El cine²⁰ ha sido otro soporte material al servicio de la contienda hermenéutica llevada a cabo por peronistas y antiperonistas con el fin de llenar de contenido al peronismo en tanto símbolo instrumentador de realizaciones políticas y expresiones culturales en un sentido antropológico. Estas operaciones están al servicio de la eterización de ciertos discursos que pretenden: bien que no se discuta que el peronismo fue un movimiento histórico redentor, bien que no se discuta que el peronismo constituyó una tiranía nefasta.

El cine de Leonardo Favio es un claro ejemplo. La referencia a la hermenéutica tiene lugar ya que Favio, que lejos de ocultar su extracción peronista, la exalta en un culto apologético hacia la figura de Perón y el movimiento peronista al que intenta adjudicar sentido en tanto símbolo. *Perón, sinfonía del sentimiento* tiene

una función política y eso está bien claro. Su mirada es subjetiva y parcial y opera mientras él, Favio, no hace nada para disimularlo. No es *la* verdad sobre el peronismo (no es esto lo que le interesa), es *su* verdad sobre el peronismo como pequeño recorte de mundo. Su interpretación de los hechos desde un ángulo particular es su aporte a la indagación de ese sentimiento que se creyó capaz (y aun lo sigue creyendo) de construir sentido e interpelar a la historiografía oficial liberal y su maquinaria, a partir de su apelación a la felicidad con el elemento probatorio que, él entiende, constituye la sonrisa de un niño en el marco de una infancia pobre “pero de una pobreza linda”²¹.

Desde este nivel de interpretación, estas subjetividades representan las oportunidades con las que los sujetos históricos cuentan a la hora de interpretar el mundo real desde una visión parcial (que puede ser de clase) que apunta al mismo tiempo a la creación de una comunidad de interpretación con los receptores.

Está entonces disgregado en estos distintos niveles aquello que fue un producto de las relaciones sociales que los hombres mantuvieron; están las interpretaciones y las visiones sobre aquellos incidentes, de ciertos hombres que le asignaron un carácter fundacional a sus mitos (toda vez que estos imprimieron sentido a las dinámicas políticas que los sucedieron); y está en anteúltima instancia el lugar que la historia oficial le asignó a sus próceres, las páginas centrales que fueron reservadas para aquellos, que en algunos casos, y según sus herederos ideológicos, le dieron sentido a la totalidad de un cuerpo social que intentó forjar su identidad en algunos casos como un claro remedo del mundo civilizado, el del orden y el progreso como modelos a seguir e imitar.

Aquella instancia no es la última solo por que le resta tallar al espíritu crítico de nuestra época para lograr discernir los mitos y las operaciones políticas de algunas verdades escritas por las voces acalladas que encontraron, en el presente, un nuevo soporte material en los cuerpos de los actores sociales que siguen levantando sus banderas.

¹ Se intenta aludir a una cultura política, que si bien es un avatar de *la política* con mayúsculas, es un aspecto no siempre tenido en cuenta. El peronismo ha sido, repetimos, un fenómeno complejo. Culturalmente complejo. El peronismo se ha salido de madre toda vez que la hubiera tenido y aquí se sospecha que no y no es un juicio de valor: como todo movimiento supera los propios límites, el cauce autoimpuesto. El aspecto cultural (en un sentido, si se quiere, antropológico) es el que ha generado las variables más complejas a la hora del análisis, incluso del análisis político en el sentido más mentado (es decir el que utiliza variables políticas y socioeconómicas de tipo clásico).

² Este eje se retoma como guía para la delimitación de etapas históricas aunque no supone un seguimiento exhaustivo ni de los periodos en juego propuestos por el autor ni de las categorías por él empleadas.

³ Sidicaro, Ricardo. Los tres peronismos. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003

⁴ Se hace referencia, puntualmente, al momento en que ciertas coyunturas obligan a algún reajuste tanto inesperado (por sí mismos y por sus antagonistas) como evidente en el comportamiento de los actores sociales principales relevados en el recorte contextual determinado en el que nos situásemos.

⁵ Aquí podríamos decir entre clases, y, ya que estamos no dejamos de decirlo, pero no restringimos las claves de interpretación a esta categoría por dos motivos fundamentales: por un lado (uno más universal) es menester abordar ciertas subjetividades que operan de manera fluctuante sobre la base económica sin estar permanentemente sujetas a

ella; y por otro, en lo que atañe estrictamente a este trabajo y a la época que comprende, el carácter policlasista del que se nutre el peronismo convertiría a aquella categoría en algo cuasi irrisorio en un sentido analítico. La apelación permanente a la categoría *clase trabajadora* se convirtió de alguna manera en una toma de posición doctrinaria opuesta a la lucha de clases. De todos modos no se cree desde aquí que la lucha de clases en tanto motor de la historia haya estado provisionalmente suspendida en el espacio y tiempo al que se alude.

⁶ Argumedo, Alcira. Los silencios y las voces en America Latina. Buenos Aires: Colihue, 2004

⁷ Adam Przeworski caracteriza este tipo de *compromisos de clase* desde el punto de vista de los trabajadores de la siguiente manera: "Los asalariados consienten la organización capitalista de la sociedad cuando actúan colectivamente como si el capitalismo fuera un juego de sumas positivas..." Przeworski, Adam. Capitalismo y socialdemocracia. Madrid: Alianza, 1988

⁸ "La expresión *posición nacional* admite bastante latitud, pero entendemos por tal una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación de nuestra independencia política en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeción a intereses imperiales dominantes. Esta posición no es una doctrina sino el abecé, el planteo elemental y mínimo que requiere la realización de una nacionalidad, es decir, la afirmación de su ser. No supone ni una doctrina económica o social de carácter universalista, por mas que no pueda ni deba prescindir de una visión de conjunto en el mundo, ni tampoco una doctrina institucional, pues todas son contingentes al momento histórico y sus condiciones". Jauretche, Arturo. FORJA y la Decada Infame. Buenos Aires: Peña Lilo, 1973

⁹ Cabe destacar también que por primera vez las mujeres comenzaron a incorporarse masivamente a la arena política y social.

¹⁰ Martínez Estrada, Ezequiel. ¿Que es esto? Catilinaria. Buenos Aires: Lautaro, 1956

¹¹ Laclau, Ernesto. Política e ideología en la teoria marxista. Madrid: Siglo XXI, 1978

¹² Viñas, David. Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar. Buenos Aires: Siglo XX, 1971

¹³ Rosano, Susana. Rostros y mascararas de Eva Perón. Universidad Nacional de Rosario, Argentina, 1982

¹⁴ Para Sarmiento lo bárbaro está representado fielmente por el gaucho, por el campo (la periferia), el rancho, por la *chusma de haraganes* de quienes no vale la pena economizar su sangre. Todos estos términos están cargados en Sarmiento no solo de valores negativos sino de un claro resentimiento por aquellos símbolos que no permiten lo que para el es el progreso. Son, en la matriz dicotómica, la barbarie desviada y apartada de la civilización y son quien a esta ultima postergan. La barbarie esta constituida, sin mas, por la otredad, por aquello que para quien se concibe racional y civilizado constituye lo indómito, lo inmanejable, lo inabarcable para sus categorías de pensamiento.

¹⁵ Mouffe, Chantal. El retorno de lo político. Barcelona: Paidós, 1999

¹⁶ Se publica en La Nación el 4 de julio e 1943.

¹⁷ Feinmann, José Pablo. Escritos imprudentes. Buenos Aires: Norma, 2005

¹⁸ Otra apelación, si se quiere "monstruosa", a la figura de Perón se encuentra en el cuento "El fiord", de Osvaldo Lamborghini, en la que Perón es representado como *el loco Rodríguez* en un personaje que destila sexo y sadismo entre unos inefables compañeros de pieza entre los que se pueden contar a los que encarnan las alusiones a Augusto Vandor, la C.G.T., y *las bases* peronistas. Eva Perón también tuvo su *reencarnación* desmesurada y cuasi escatológica en la serie de cuentos *Evita vive* de Néstor Perlongher.

¹⁹ Este recorrido puede comenzar también con Hilario Ascasubi y su poema *La refalosa* del que Borges extrae el ilustrativo verso "aquí empieza su aflicción" que precede al cuento firmado junto a Bioy Casares.

²⁰ "Se incluye sin reticencias dentro del campo de los hechos de significación, además de los discursos con base lingüística, a los fenómenos llamados *icónicos* (imágenes pictóricas, fotográficas, cinematográficas), a la gestualidad y también a lo que descriptivamente señalaremos siguiendo a Eliseo Veron *los objetos de consumo social*. De Ipola, Emilio. Sociedad, ideología y comunicación, en La bamba, acerca del rumor carcelario y otros ensayos. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005

²¹ Schwarzbock, Silvia. El muchacho peronista. El amante cine, diciembre de 1999

